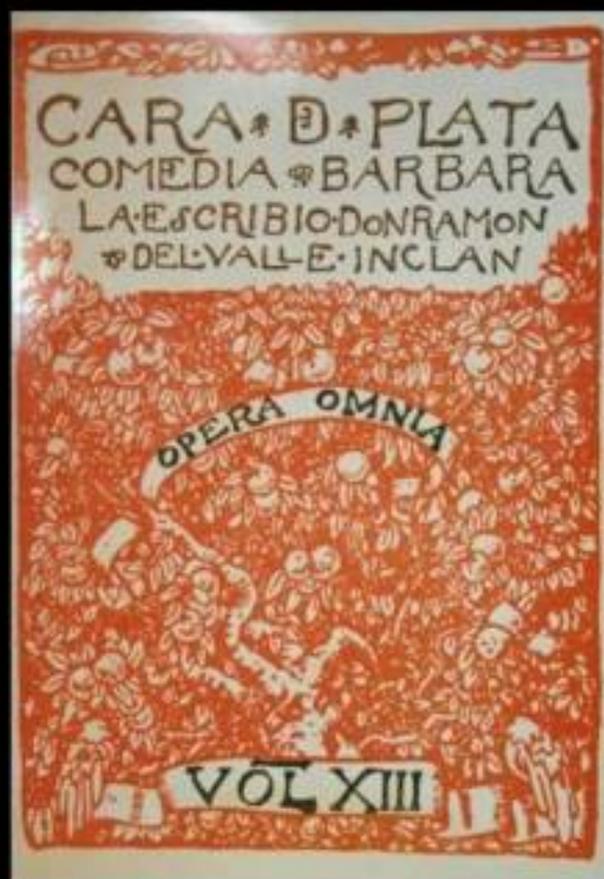


Cara de Plata

Comedia bárbara



Ramón María del Valle-Inclán

Cara de Plata es una obra de teatro de Ramón María del Valle-Inclán escrita en 1922 y que se integra en la trilogía de las Comedias bárbaras. Si bien fue la última en escribirse (catorce años después que la anterior), desde el punto de vista de la cronología narrativa es la que da comienzo a la historia.

La obra presenta la historia de los Montenegro, una familia hacendada de la Galicia rural del siglo XIX. Se plantea el conflicto entre Don Juan Manuel, el patriarca y cacique local, un hombre poderoso, altanero y sin escrúpulos, y su hijo pequeño, apodado Cara de Plata. Aquel ha iniciado un enfrentamiento con la iglesia al impedir el paso del abad por las tierras de la familia y secuestrando, de paso, a la que era su ahijada Sabelita. Ésta se enamora de Cara de Plata, pero acaba convirtiéndose en amante del padre, lo que hace estallar el conflicto entre ambos.

DRAMATIS PERSONAE

EL CABALLERO, DON JUAN MANUEL MONTENEGRO

Sus hijos:

CARA DE PLATA,
DON PEDRITO,
DON ROSENDO,
DON MAURO,
DON GONZALITO
y DON FARRUQUIÑO.

SABELITA, ahijada del CABALLERO.

EL ABAD DE LANTAÑÓN y su hermana DOÑA JEROMITA.

EL SACRISTÁN, LA SACRISTANA, la hija BIGARDONA y CELONIO, GABINO, MINGOTE, el coro de crianzas.

FUSO NEGRO, loco.

DON GALÁN, criado del CABALLERO.

Una Tropa de siete chalanos:

PEDRO ABUÍN,
RAMIRO DE BEALO,
MANUEL TOVÍO,
MANUEL FONSECA
y SEBASTIÁN DE XOGAS
EL VIEJO DE CURES y un PASTOR.

PICHONA LA BISBISERA, LUDOVINA la ventorrillera y LA COIMA de otro mesón.

Un MARAGATO, un PENITENTE, EL CIEGO DE GONDAR, un INDIANO, EL DIÁCONO DE LESÓN.

Una vieja cotillona.

VOZ EN UNA CHIMENEA.

Otras viejas, gritos y denuestos, pregones, clamor de mujerucas, salmodia de beatas, reniegos y espantos, las luces del Santo Viático.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

*Alegres albores. Luengas brañas comunales, en los montes de Lantaño. Sobre el roquedo, la ruina de un casti-
llo, y en el verde regazo, las Arcas de Bradomín^[1]. Acampa
una tropa de chalanés, al abrigo de aquellas piedras insig-
nes —MANUEL TOVÍO, MANUEL FONSECA, PEDRO ABUÍN, RAMIRO
DE BEALO y SEBASTIÁN DE XOGAS—. A la redonda, los caballos
se esparcen mordiendo la yerba sagrada de las célticas má-
moas^[2]. En la altura, una vaca montesa embravecida muge
por el vitelo^[3] que se lleva a la feria un rabadán.*

PEDRO ABUÍN.— Ganados de Lantaño^[4], siempre tuvieron
paso por Lantañón^[5].

RAMIRO DE BEALO.— Hoy se lo niegan. Perdieron el pleito
los alcaldes y no vale contraponerse.

PEDRO ABUÍN.— Eso aún hemos de ventilarlo.

RAMIRO DE BEALO.— No te metas a pleito con hombre de
almenas.

PEDRO ABUÍN.— ¡Casta de soberbios! El fuero que tienen
pronto lo perdían si todos nos juntásemos. ¡No es más ti-
rano el fuero del Rey!

SEBASTIÁN DE XOGAS.— Ya hubo reyes que acabaron
ahorcados.

RAMIRO DE BEALO.— En otras tierras.

MANUEL FONSECA.— ¡Montenegros! ¡Negros de corazón!

PEDRO ABUÍN.— ¡Fue mal sentenciado! Y todos a una
puestos en la de pasar, nos reímos de papeles.

EL VIEJO DE CURES.— Donde hay sentencia de juez, mala o buena, tuerta o derecha, le toca perder al rebelde. ¡Siempre lo he visto en los años que tengo!

PEDRO ABUÍN.— Con sentencia o sin sentencia, no tiene poder contra todos el Montenegro. ¡Esa es la mía!

EL VIEJO DE CURES.— Arrogancias nunca ganaron pleitos.

SEBASTIÁN DE XOGAS.— ¿Qué cuentas son las vuestras? ¿Llevar el ganado por la barca?

EL VIEJO DE CURES.— Acercarnos a las puertas del Pazo y pedirle su venia al Vinculero^[6].

PEDRO ABUÍN.— ¡Es mucha la soberbia que tiene!

EL VIEJO DE CURES.— Pues nos^[7], allá vamos con ese concierto, y a ser vos conformes, podemos ir todos, que más fuerza hacemos.

PEDRO ABUÍN.— ¿Y si se niega, qué procede?

EL VIEJO DE CURES.— Esperar una mudanza de su genio. Tú propones juntarnos para la rebeldía. ¡Así es! Yo para las mediaciones que transigen guerras. ¡Quién tuvo razón, lo diga el tiempo!

RAMIRO DE BEALO.— Con ir allá nada se nos pierde.

MANUEL TOVÍO.— Si lo atrapamos en la hora renegada nos echa con rayos y centellas.

PEDRO ABUÍN.— Si mala palabra me dice, mala palabra le respondo.

EL VIEJO DE CURES.— ¡Con ese dictamen no vengas allá!

Un PASTOR, escotero y remoto sobre una peña, asiste al concilio haciendo círculos con el regatón del cayado en los líquenes milenios^[8] del roquedo.

EL PASTOR.— La idea vuestra ya otros la pusieron en obra. ¿Y qué sacaron? ¡Oír malos textos! Yo fui con buenas palabras. ¿Y qué saqué? ¡Escarnios! Me oyó tirándose de las barbas y acabó con que fuese a pedírselo la mi parienta.

MANUEL FONSECA.— ¡Con ella en la cama sentenciaba el pleito!

EL PASTOR.— ¡No sentenciase su fin!

RAMIRO DE BEALO.— Es el fuero que tiene.

EL PASTOR.— Pues llévale la vaca de tu corte.

PEDRO ABUÍN.— Ya se la habrá llevado.

RAMIRO DE BEALO.— Un rayo que os parta.

PEDRO ABUÍN.— ¿Qué resolución tomamos, compañeros? La mía es meter el ganado por las Arcas. Pero habíamos de ser todos a una. Si como dicen, hubo ya tiempos donde fueron quemadas las casas de torre, pudieran volver tales tiempos.

EL PASTOR.— Vamos y no lo demoremos, que está solo en la cueva el lobo cano.

PEDRO ABUÍN.— ¿Qué respondéis los feriantes? ¿Nos juntamos para hacer valer nuestro derecho?

EL VIEJO DE CURES.— Tengo una carga de años, y os confirmo que más ganaremos con palabras de política que con acciones rebeldes.

PEDRO ABUÍN.— Los de ese dictamen que vayan delante y hablen primero.

EL VIEJO DE CURES.— ¡Amén! Sin concordia entre altos y bajos, el mundo no se gobierna.

VOCES DE FERIANTES.— ¡Too! ¡Marella! ¡Too! ¡Bermella!

MANUEL FONSECA.— Esperemos a ver lo que saca Quinto de Cures.

RAMIRO DE BEALO.— El no, ya lo lleva.

EL PASTOR.— Sacará lo que otros sacaron.

PEDRO ABUÍN.— ¡Sacará voces y denuestos!

SEBASTIÁN DE XOGAS.— ¡Atención pido! De ir a un levante tiempo tenemos. Y para mi discurso, nos cuadra dejar cualquier querella hasta pasado el Corpus de Viana. Busquemos ahora la vida en la feria, sin contratiempos, que a la vuelta lugar hay de abanderarnos contra la sentencia del Vinculero.

PEDRO ABUÍN.— ¡Montenegro, emplazado quedas!

SEBASTIÁN DE XOGAS.— ¡Ya te llegará tu malaventura, Montenegro!

EL PASTOR.— ¡No hay otra salvación que quemarle los campos!

El tropel de chalanes parte en cabalgada, y EL PASTOR en lo alto de la peña, silueteado sobre el cielo, los despide con un grito, agitando los brazos. A lo lejos, en el cristal de la mañana, un vuelo de palomas abre sus círculos sobre la torre de Lantañón.

ESCENA SEGUNDA

Luces matinales en el Pazo de Lantañón. Sobre el atrio de limoneros, la arcada de una solana, con escalera de piedra. SABELITA está en lo alto, de pechos al arambo^[9], rubia de mieles, el cabello en dos trenzas, la frente bombeada y pulida, el hábito Nazareno. En el lindero del atrio clamorea una ringla de mujerucas con frutos y tenderetes.

CLAMOR DE LAS MUJERUCAS.— ¿Es verdad que se quitó el paso? ¡Miren que es mucho el arrodeo! ¡Madre de Dios! ¡Madre de Dios! ¡Con el camino tan largo que traemos! ¡Madre Bendita! ¡Que venimos de muy distante! ¡Más arriba de San Quinto de Cures!

Las mujerucas se apartan para dejar paso a un jinete, mancebo muy gentil que, cercado de galgos y perdigueros, entra al galope. Basculada^[10] con gritos y espantos, cestos torcidos sobre las cofias, manos aspadadas protegiendo los tenderetes. DON MIGUEL MONTENEGRO, el hermoso segundón, salta de la silla y ata el caballo a una argolla empotrada en el muro. Por su buena gracia, los suyos y los ajenos le dicen CARA DE PLATA.

CLAMOR DE LAS MUJERUCAS.— ¡Don Miguelito, déjenos pasar! ¡Tenga compasión, Señor Carita de Plata! ¡Que venimos de la fin del mundo! ¡Tenga buen corazón!

PICHONA LA BISBISERA.— ¡Téngalo de plata como la cara hermosa, Señor Don Miguelito!

CARA DE PLATA.— ¡Pasad con mil demonios!

PICHONA LA BISBISERA.— ¡Viva el Señor Carita de Plata!

CARA DE PLATA.— ¿Cuándo me lo das, Pichona?

PICHONA LA BISBISERA.— ¡Ay, qué trueno!

CLAMOR DE LAS MUJERUCAS.— ¡Dios le florezca! ¡Dios le florezca!

La ringla de mujerucas penetra en el atrio por el gran arco con escudo y cadenas. SABELITA deja oír el ceceo cantarín de su voz, y sobre las piedras viejas de la solana, entre el verde de los limoneros se enciende la nota morada y dramática del hábito Nazareno.

SABELITA.— ¿Cómo queda la madrina?

CARA DE PLATA.— Rezando el trisagio. ¿Y tú, cuándo vuelves allá?

SABELITA.— Cuando el padrino lo ordene.

CARA DE PLATA.— Mi madre te espera.

SABELITA.— ¿Por qué no me manda ir? Yo bien lo deseo.

CARA DE PLATA.— ¿Ahora que yo he venido?

SABELITA.— No comiences.

CARA DE PLATA.— Ayúdame a ver qué tiene este maldito cadelo^[11], pues viene cojo.

SABELITA.— Si entró por las tojeras, será alguna espina.

CARA DE PLATA.— ¡Ven aquí, Carabel!

El can se acerca con un brazuelo en el aire, y el hermoso segundón le vuelca mirándole las pezuñas. SABELITA está a su vera, arrodillada sobre las losas, risueña y atenta.

SABELITA.— ¡No te clave los dientes!

CARA DE PLATA.— Ya verías tú de curarme.

SABELITA.— No soy cirujana.

CARA DE PLATA *mete el puño en la boca del alano, que gime hostigado, pero sin morderle. SABELITA le mira fijamente, los ojos ingenuos y francos como los de una niña.*

SABELITA.— ¡No tienes los cabales!

CARA DE PLATA.— ¡Muerde, Carabel!

SABELITA.— ¡El animal discierne más que tú!

CARA DE PLATA.— ¡Pues que siga con la espina!

CARA DE PLATA *salta en pie, con gentil y violento alarde. Tiene el cabello de oro, los ojos de alegre verde, la nariz de águila imperial. SABELITA, arrodillada al pie del can, sobre el suelo de piedra, se afana por sacarle la espina que tiene clavada en el brazuelo. El hermoso segundón vuelve a su lado.*

SABELITA.— ¡Loco!

CARA DE PLATA.— Ponme tú cuerdo.

SABELITA.— ¿Con qué yerbas?

CARA DE PLATA.— Con palabras.

SABELITA.— No soy saludadora^[12].

CARA DE PLATA.— Esta noche tengo que hablarte, Isabel.

SABELITA.— ¿Y no es hablar lo que estamos haciendo?

CARA DE PLATA.— Será otro hablar, a la luz de la luna.

SABELITA.— ¡Eres tú muy lunático!

CARA DE PLATA.— ¿No me quieres, Isabel?

SABELITA.— Al modo tuyo, no.

CARA DE PLATA.— Pues no me quieres.

SABELITA.— Eso será.

CARA DE PLATA.— Esta noche te deshago la cama.

SABELITA.— ¡Qué falta estás de sentido! ¿Me abrirás la puerta?

CARA DE PLATA.— ¡No seas pirata! Si la encuentro cerrada, cuenta que la derribo.

SABELITA.— ¡Bárbaro!

CARA DE PLATA.— ¡Cuando me veas aparecer, no grites!

SABELITA.— ¡Pero para ti no hay honestidad!

CARA DE PLATA.— ¿Y qué sucedería si esta noche entrase en tu alcoba?

SABELITA.— ¡Cómo te gusta cavilar en el pecado! Y no me das miedo, Carita de Plata... Pero si me quieres, quíereme honesta.

DON JUAN MANUEL MONTENEGRO, *con la escopeta y el galgo, rufo y madrugador, aparece por el huerto de frutales y se detiene en la cancela. Es un hidalgo mujeriego y despótico, hospitalario y violento, rey suevo en su Pazo de Lantaoñón.*

EL CABALLERO.— Cara de Plata, deja la buena compañía y ven a rendir tu cuenta. Ayer te esperaba. ¡Muy largo se ha vuelto el camino de Viana!

CARA DE PLATA.— Tuve el caballo con un torzón.

EL CABALLERO.— Mandé en tu busca para hacer en el monte recuento del ganado y poner el hierro a los novillos del año. Tus hermanos allá están. El ganado más lucido hay que bajarlo a la feria de Viana. Irás con tus hermanos mayores, que ellos están caídos en picardías de chalanes... Pero el dinero lo guardas tú. Espero que no te lo juegues como suelen hacer los otros Barrabases.

CARA DE PLATA.— Nadie está libre de una tentación.

EL CABALLERO.— Pues si eres tentado, procura ganar, y si pierdes, no te aparezcas ante mis ojos.

CARA DE PLATA.— Lo tendré presente.

DON JUAN MANUEL *le mira con enojo risueño: siente por aquel hijo una afección indulgente y ruda. El gentil mancebo está en pie delante de su padre, la boca seria y un alegre ímpetu en el verde cristal de los ojos.*

EL CABALLERO.— ¿Queda en buena salud tu madre?

CARA DE PLATA.— Sí, señor.

EL CABALLERO.— ¿Qué hace?

CARA DE PLATA.— Lo de siempre: novenas.

EL CABALLERO.— ¡Aquí me tiene abandonado!

CARA DE PLATA.— De algo parecido se duele mi madre allá en Viana.

EL CABALLERO.— Son sus romances. Y ahora sepamos, ¿qué historia es esa con que me ha venido Pedro Rey?

CARA DE PLATA.— Se le fue al río una vaca brava y me tiré a salvársela.

EL CABALLERO.— No son esas mis noticias. Parece ser que tú has montado sobre la vaca, y que contigo encima se sumergió y tragó tanta agua, que ha muerto bajo el puente.

CARA DE PLATA.— No ha muerto. Está para morir.

EL CABALLERO.— Pedro Rey pretende que yo le pague la res. Ya le he dicho que me la traiga viva o muerta. Quiero proponerle un cambio.

CARA DE PLATA.— Le roba a usted el dinero. Cuando yo me tiré al río la vaca estaba ahogándose. No se la pague usted.

EL CABALLERO.— No hablé de pagársela. Quiero proponerle un cambio: que me deje la res y cargue contigo. ¿Te parece bien?

CARA DE PLATA.— Yo soy un hijo obediente.

EL CABALLERO.— Hablemos en veras. ¡Yo querría que tú fueses un caballero que respondiese en todo a las obligaciones de su sangre!

CARA DE PLATA.— Ya correspondo, padre.

EL CABALLERO.— Tus hermanos te pervierten con sus malos ejemplos. Escúchame. No te pido que seas un santo, cada edad reclama lo suyo, pero no olvides las obligaciones de tu sangre, como hacen los otros perversos.

El linajudo acabó de hablar con un gran suspiro, los brazos sobre los hombros del mancebo, que pronto y liberal se arranca y besa la mano del viejo.

CARA DE PLATA.— Padre, yo aquello que hago, bueno o malo, lo hago sin consejo.

EL CABALLERO.— Pues ahora, sube al monte, y cumple con arreglo a mis órdenes.

CARA DE PLATA.— Amén. ¿A qué hora se fueron mis hermanos?

EL CABALLERO.— Con el alba.

El hermoso segundón desata el caballo, que piafa atado en la sombra del rudo arco de piedra, cabalga de un salto y sale al galope, bajo la mirada orgullosa del viejo genitor. En lo alto de la solana, rubia como una espiga, infantil y risueña, está la ahijada del Vinculero.

SABELITA.— ¡Que tengas sentido, Carita de Plata!

CARA DE PLATA.— Por ti lo pierdo.

EL CABALLERO.— ¿Te enamora mi rapaz?

SABELITA.— Son ventoleras.

EL CABALLERO.— ¿De qué te hablaba?

SABELITA.— ¿Cuándo?

EL CABALLERO.— Hace un momento.

SABELITA.— ¡Ya ni recuerdo de qué me hablaba!

EL CABALLERO.— ¿Y lo que tú le respondiste, tampoco?

SABELITA.— Yo no le escuché.

EL CABALLERO.— No eres tú para él.

SABELITA.— Tampoco lo pretendo.

EL CABALLERO.— Tú eres para más.

SABELITA.— Yo soy para llorar muchas penas.

EL CABALLERO.— ¿Quién puede dártelas?

SABELITA.— Quien lo da todo.